

¿Cambio global o circo global?

JOSÉ S. CARRIÓN

No hay nada mejor para conseguir audiencia que una mala noticia. Y nada removerá más la conciencia colectiva que anunciar grandes desastres como consecuencia de nuestro sistema de vida derrochador y contaminante. Hace tiempo supe de un colega que de tanto comulgar con el paradigma catastrofista, decidió retirarse a vivir a una cueva en busca una vida más armoniosa. Primero se alimentó de chumberas, después extinguió la colonia local de murciélagos y finalmente pudo sobrevivir con leche de cabra. Acabó delirando con las fiebres de Malta y llamando burgués al pobre pastor que había estado haciendo la vista gorda mientras el anacoreta le ordeñaba las cabras de forma clandestina.

La ciencia ha establecido con firmeza que el nivel de dióxido de carbono en la atmósfera se está incrementando, lo cual puede hacer que las temperaturas tiendan a elevarse. Sin embargo, la predicción de escenarios es más difícil. En primer lugar, porque los modelos matemáticos del clima se cuentan entre los conjuntos de ecuaciones más complejos de que dispone la física. El tiempo de vida de los gases asociados al efecto invernadero varía enormemente; como lo hace el grado por el que éstos afectan al balance energético. En segundo lugar, porque ni siquiera las observaciones están libres de error. De hecho, la mayoría de los estudios consideran solamente las emisiones actuales de dióxido de carbono como punto de referencia. Sin embargo, apenas se oye hablar sobre el más importante de todos los gases que contribuyen al efecto invernadero: el vapor de agua. Buscar la solución en el dióxido de carbono es como lo que hizo aquel borracho, que perdió una moneda en un callejón oscuro, pero fue a buscarla debajo de un farol porque allí había más luz.

La mayor parte de las malas interpretaciones que se han generado en torno a los descubrimientos científicos han derivado del exceso de simplificación. El cambio climático es un asunto muy complejo y en muchas facetas incompletamente comprendido. El clima ha estado cambiando siempre y seguirá haciéndolo a distintas escalas de tiempo y espacio. Ciertamente, un aumento de la temperatura media global puede tener consecuencias, pero desde luego éstas no serán uniformes. Unas regiones se verán más afectadas que otras, y algunas hasta podrían ver aumentado su potencial agrícola y ganadero. Le podemos llamar cambio global si eso suena más correcto en este final de milenio, pero las con-

secuencias no serán globales. Además, la respuesta tradicional de las sociedades humanas al cambio climático no ha sido tratar de controlar su dirección y magnitud, sino la migración, el desarrollo de nuevos alimentos y nuevos sistemas urbanos. Y no nos ha ido tan mal.

Desgraciadamente, hay algo más que ignorancia en torno al debate televisivo. Lo esencial parece ser averiguar quién tiene la culpa del cambio climático y quién o quienes deben pagar las acciones para su corrección. Hay un enfoque obsesivo con el dióxido de carbono porque, al estudiar cómo se distribuyen sus emisiones en la superficie del planeta, se favorecen determinadas políticas de culpabilización a los países del Hemisferio sur que intentan promover su propio desarrollo industrial.

Algunos científicos han enfatizado las malas noticias por encima del nivel de incertidumbre de sus conclusiones, simplemente por aumentar la probabilidad de financiación de sus proyectos. Esto ha permitido mantener la capacidad auto-replicante de las oligarquías ligadas al sistema de ciencia y tecnología, las cuales se vertebran siempre en torno a los tópicos de moda. El tinglado del cambio global es un espectáculo circense. Las amenazas proporcionan audiencia, los políticos tienen la oportunidad de ser vistos en el escenario, las sociedades industrializadas frenan el desarrollo de los países pobres, las aseguradoras multiplican sus beneficios, los psicoanalistas llenan sus consultas de angustiados, los curas las iglesias de conversos, y los ecologistas mantienen su glamour durante unos años para retirarse con una tiendecita de productos ecológicos, hacer negocio con un barquito de recreo infantil, o con una empresa evaluadora de impactos con el dinero del papá, que por fin puede sentirse orgulloso del éxito de su retoño, otrora melencólico y contestatario. Nietzsche nos habría recordado que ningún poder puede imponerse si no tiene a hipócritas que lo representen. Por cierto, mi colega el anacoreta terminó bendiciendo los males de esta sociedad... aún sabiendo que la ambulancia con la que lo llevaron al hospital todavía usaba gasolina con plomo.

Resulta irónico que, viviendo en un mundo cambiante, estemos tan obsesionados con la estabilidad. Pero es que no se trata del dióxido de carbono, hablamos de política, poder y control, no de ciencia, no de salvar el planeta.

José S. Carrión es profesor titular de la Universidad de Murcia